



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE ABRIL DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Rutas de magos y fantasmas

NADA ES PARA SIEMPRE.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Karina seguía en Twitter a una mujer que comentaba episodios de la historia nacional: datos curiosos sobre el cura Hidalgo, Pancho Villa, los extraños impuestos que se impusieron en el siglo XIX, (como al número de ventanas de una casa), las divisiones de razas en la colonia, la evolución de la población negra en Nueva España, el comercio con Cádiz, el banco del Avío, los préstamos internacionales, la inversión inglesa en ferrocarriles, el ultraje de tierras indígenas durante el Porfiriato y, así sucesivamente: episodios que llegaban hasta la vida nacional contemporánea. Pero, de pronto, a Karina comenzaron a aparecerle notificaciones sobre un joven que leía el Tarot. Más importante, se trataba de un hombre guapo, en los treinta, con un buen físico, ojos azules, cabello güero y lacio al hombro. El tipo anunciaba las lecturas de Tarot que hacía en público para grupos de diez personas, los talleres por los que cobraba hasta dos mil quinientos pesos por cuatro reuniones en grupo, sus sesiones espiritistas y todo lo relacionado con su conocimiento del más allá. Karina no creía en nada de eso. Pero le pareció que el chico era muy atractivo, tres años mayor que ella y digno de conocerse en persona. Poco sabía Karina que, a los pocos meses, terminaría matando gallinas en sesiones de conocimiento místico con el más allá.

Se inscribió para una de las reuniones en grupo del tarotista. Se sortearon lugares y fue seleccionada para recibir una lectura del tarot. Llegó quince minutos temprano a la reunión que se realizaba en el Teatro Monterrey, sobre Avenida Constitución. El lugar estaba abarrotado. La fila le daba la vuelta a la calle y llegaba hasta el mercado de pulgas, (donde se vendían chácharas traídas del otro lado de la frontera, sin haber pagado impuestos). Al llegar a la puerta, Karina informó que ella era una de las diez personas que recibirían una lectura. "Entonces tiene que entrar por la puerta de a lado, la que está sobre Porfirio Díaz", le dijo el boleterero. Karina se dirigió hacia allá. Se registró con el guardia y siguió hacia el área de camerinos. Ahí la recibió una mujer que la acompañó tras bambalinas, a la mesa que había sobre el escenario. Le explicó que, cuando fuera su turno, entraría por el escotillón y se sentaría del lado derecho de la mesa. Ahí le estaría esperando el tarotista. Llevaría el turno número cuatro. Luego, la mujer le indicó el camino al sitio donde esperaría y se encontraban los demás invitados.

"Primera llamada", se le escuchó decir a una voz desde las bocinas. Los nervios crecieron para Karina. Cada una de las primeras lecturas duró diez minutos. Cuando entró a escena, por poco y resbala en una de sus pisadas. Se sentó y el tarólogo le entregó el mazo de cartas para que las revolviera. Regresó el tarot. El tarotero comenzó. Salió "La Muerte". El hombre expresó en el rostro su sorpresa. "Viene un gran cambio en tu vida", le dijo a Karina. "Platicame qué estás viviendo que pueda representar un gran cambio. "Estoy aquí", respondió ella tímidamente, acomodándose en su silla.



Las risas del público se dejaron escuchar. El tarotista sacó la segunda carta: "El enamorado. Vas a encontrar el amor. Pero tendrás que elegir entre dos caminos opuestos. Uno te llevará al amor de tu vida, y el otro a la soledad. Pero nada de eso es para siempre, recuérdalo". Karina tragó un poco de saliva. ¿Las cartas estaban revelando la verdad? ¿Sabía él que: a ella le atraía él? El hombre sacó la tercera carta: "La sacerdotisa. ¿Eres una persona religiosa?", preguntó el tarotero. "Nunca lo he sido". "Lo llevas en la sangre", le respondió él. "Ni siquiera creo en esto que estoy haciendo". "¿Estás segura?" "Ya no sé qué decir". El tarólogo sacó otra carta: "El Mago. ¿Estás completamente segura? Los espíritus andan tras de ti. Tienes poderes especiales. Puedo ver que te cuidan los Guerreros Aztecas, el Niño Fidencio y María Sabina. Tú estás hecha para esto". La quinta y última carta: "La emperatriz. Debes darle una oportunidad al misticismo en tu vida. ¿Aceptarías ir a tomar un café conmigo?" El público carcajeó. Poco sabían ellos que, en un par de meses, Karina dejaría su trabajo de académica para dedicarse a los ritos y sacrificios con gallinas de la magia espiritual, acompañando y ayudando al nuevo amor de su vida. Sabiendo que... nada era para siempre.

ASESINATO FRENTE A LA VENTANA

OLGA DE LEÓN G.

Anudaba las agujetas de sus zapatos en el recibidor muy cerca de la ventana con vista a la calle; justo echaba el lazo al segundo de ellos, es decir, terminaba de ponérselos, cuando escuchó un rechinar de neumáticos y al mismo tiempo, o segundos después, un grito lleno de angustia. Acto seguido, silencio absoluto. Así empezaba el escritor su

nueva novela, que parecía inclinarse hacia lo policiaco o por lo menos al tipo de textos de suspenso y misterio, que él amaba y frecuentaba en sus lecturas y en su escritura creativa.

Melissa se le acercó, y dándole un beso en la mejilla, dejó sobre el escritorio, a un lado del ordenador, una tasa de aromático café negro recién hecho y sin azúcar; tal como acostumbraba tomarlo su marido. Nada le dijo ni se quedó esperando alguna palabra de parte de él. Eran sus horas de inspiración y trabajo y, las interrupciones no las toleraba: esa era su única regla cuando escribía en casa; ella lo sabía.

En cambio, Melissa, quien también era escritora de textos breves: cuentos o fábulas, podía escribir donde quiera y con silencio absoluto o cerca del bullicio y movimiento de gentes y autos o máquinas: lo que fuera que la rodeaba. Era tanta su concentración, que el mundo desaparecía en cuanto las yemas de sus dedos se hundían con cierto ritmo en el teclado de su ordenador portátil.

Regresó a su escritorio, donde había dejado también una taza con café, igual que la de él: negro y sin azúcar. Su espacio no tenía ventanas, aunque le habría gustado tener una vista hacia el jardín, o los cerros que rodeaban su ciudad; pero, el que no fuera así no le quitaba la inspiración ni el deseo de sentarse a escribir diariamente, por lo menos cuatro, cinco o seis horas; a veces hasta ocho o más, con intervalos de descanso de veinte minutos, media hora o casi una, necesarios por distintos motivos.

Así transcurría la vida para ambos hasta hace diez o doce años. Ahora, las circunstancias eran otras. Él ya no escribía novelas ni ensayos; ni publicaba su opinión crítica, muy valiente y respal-

dada por sus conocimientos y fuentes, en ninguno de los periódicos que solía hacerlo. Su vida había dado un giro tremendo e inesperado para él y su familia. El ambiente en casa era otro. La semi penumbra, las miradas lánguidas y el silencio se habían apoderado del hogar y los dos prematuros ancianos que lo formaban.

- Que nadie te dicte nunca lo que tú y solo tú escribirás en tu novela, cuento o vida personal.

- ¿De qué hablas?, Alan.

- He visto cómo te preocupas por lo que otros opinan de tu producción literaria, incluso hasta de tu vestuario y de lo que comes o debes o no comer y beber.

- Sigo sin entender.

- Lee tus propios cuentos... pero con ojos de lector, no de escritora, Melissa. Al menos hazlo con un par, los últimos que te publicaron.

- Bien, lo haré, porque sé que me amas y no me lo dices con afán de molestarme.

Así hablaban, a veces, Melissa y Alan cuando estaban en edad mediana, entre los cuarenta y cincuenta: ¡qué maravilla de par!, parecían personajes de literatura de ficción o romántica... En todo caso, de ensueño.

La vida les jugó rudo al poco tiempo, quince o veinte años después. A él le cayeron encima todas las enfermedades que marcaba su mapa genético, sin dejarle escapatoria. Por qué la ciencia no avanza más rápido para encontrar fórmulas que puedan modificar -para bien, claro- la carga genética y mejoren nuestra historia en un futuro próximo.

Y, si supiéramos lo que nuestra alimentación, los hábitos y rutina de vida cuando adolescentes y jóvenes nos provocará dentro de cuarenta años o poco más, ¿cambiaríamos todo eso? No estoy segura, no lo creo, somos animales de conductas repetitivas: ciegos astrales y terrenales: somos nada frente a la realidad del Universo y del mundo en que vivimos; pero aspiramos a realizar nuestros sueños bajo cualquier espejo que nos ofrezca la vida.

La mujer, sentada frente a su ordenador de palabras, intentaba terminar su cuento, era la perspectiva primaria que tenía en mente, así que se determinó, y escribió:

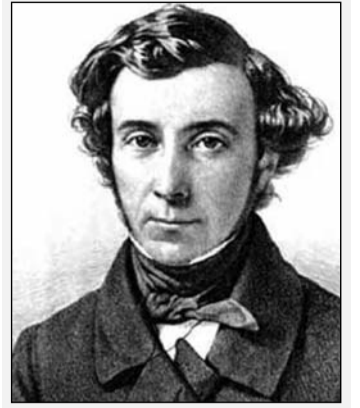
Él se quedó inmóvil, ni siquiera miró tras las persianas después de escuchar el disparo. Estaba paralizado, pensando lo peor: Había sucedido un asesinato. Pero, a quién habrían matado: no quiso averiguarlo. Deshizo el moño y nudo de sus zapatos, se los quitó y caminó -en calcetines- hacia el cuarto de ella, sin hacer ruido. Y, allí permaneció, de espaldas a su mujer...

Ella sintió como si un ser de otro mundo la estuviera viendo escribir...

Ya inmersa en la trama, le fue imposible no pensar en su marido recién fallecido, apenas si un mes atrás... "Alan", -lo llamó. Naturalmente, nadie respondió.

Entonces, la mujer quiso levantarse de su silla... No pudo, quedó atajada por algo que no veía, pero sí observó cómo en el ordenador, las teclas se hundían y elevaban... Hasta que en medio de la hoja se escribió una palabra:

FIN.



Alexis de Tocqueville

(Charles-Alexis Clérel de Tocqueville; Verneuil, Île-de-France, 1805 - Cannes, 1859) Pensador y político liberal francés. Procedente de una familia noble, Tocqueville fue uno de los observadores más lúcidos del cambio producido en su época por la revolución liberal. Estudió derecho y obtuvo una plaza de magistrado en Versalles en 1827. Pero su inquietud intelectual le llevó a alejarse de la rutina en 1831, viajando a los Estados Unidos para estudiar su sistema penitenciario.

La estancia en aquel país le sirvió para profundizar en el análisis del sistema político y social norteamericano, que retrató en su obra La democracia en América (1835-40). En ella reflejó su admiración por el modelo liberal-democrático americano, que consideraba mucho más equilibrado que el que propugnaban los revolucionarios europeos (por elementos moderados, como la autonomía local).

Tocqueville abandonó la magistratura para dedicarse a la producción intelectual y a la actividad política: en 1839 fue elegido diputado y en 1841 miembro de la Academia francesa. Condenó tanto la Revolución de 1848 (que acabó con la monarquía de Luis Felipe de Orleans) como el golpe de Estado de Napoleón III en 1851-52 (que liquidó la Segunda República y dio paso al Segundo Imperio). Pero, entre ambos acontecimientos, aceptó servir a la Segunda República como ministro de Asuntos Exteriores (1848), antes de retirarse definitivamente de la política.

Concentrado sobre su labor intelectual, fue entonces cuando escribió su obra cumbre -e inacabada- El Antiguo Régimen y la Revolución (1856). Sostuvo allí que la Revolución francesa no había constituido una ruptura radical con el pasado, pues se había limitado a confirmar tendencias reformistas esbozadas a lo largo del siglo XVIII, que ya apuntaban hacia una uniformización de la sociedad y una centralización del Estado.

Por lo demás, Tocqueville contribuyó a convencer a sus contemporáneos de que el signo de los tiempos iba en el sentido de la democratización, pero que la defensa de la democracia y la libertad individual exigía medidas para impedir que degenerara en un cesarismo populista (como el que representaba Napoleón III): división de poderes, descentralización política y, sobre todo, fomento de la conciencia cívica de los ciudadanos para hacerles amantes de la libertad y capaces de resistirse contra cualquier despotismo.

ad pédem literae

Gobernar siempre quiere decir hacer descontentos.

Anatole France

Letras de buen humor

Sólo las mujeres y los médicos saben cuán necesaria y bienhechora es la mentira

Anatole France

Elmer Mendoza

Raúl Padilla, página a la que no daremos vuelta

Hombre duro y tierno. Generador de grandes emociones. De momentos únicos. Momentos de papel que ni los más malintencionados dragones consiguieron quemar. Muchas veces vi cómo su fuego se volvía una chispa inofensiva. No importa si estabas de escritor, de público, de editor, de agente o de fantasma al lado de tus maestros queridos. Raúl Padilla entraba, salía, se quedaba. Un gran hombre es así. Raúl Padilla creó una cara de México grandiosa, la cara de los sueños, de los deseos, de las creencias, de los que hasta lo imposible es posible. La cara de la innovación en un país donde dicen que no hay lectores. Un país donde los políticos se empeñan en ensuciar lo bueno que tenemos. ¡Viva la FIL y Raúl, celebren!

Impulsar una feria del libro como la FIL de Guadalajara no fue fácil. Fue como controlar el clima en una nave espacial en un viaje a la luna de ida y vuelta, en que Ida Vitale intentó decir Hola pero Arreola no la dejó hablar. Mi maestro Fernando del Paso observaba y sonreía leve. Rubem Fonseca le pidió a Margo Glantz que le explicara qué era la literatura de la onda. Ella aceptó con mucho gusto y tanto David Huerta como Emmanuel Carrere se acomodaron para

escuchar a nuestra querida académica de la lengua. Nélida Piñón llegó acompañada de Tomás Segovia y se instalaron entre Olga Orozco y Julio Ramón Ribeyro. A punto de iniciar la cátedra apareció Raúl Padilla, acompañado por Marisol Schulz y Laura Niembro. Decía que impulsar una feria es un placer profundo y desde luego, crear un premio para reconocer a los grandes talentos que nos dieron la patria emocional donde los gritos más fuertes son silenciosos. El caso es que cuando Augusto Monterroso, Carlos Monsiváis y Sergio Pitlor llegaron, todos estaban allí, y Nicanor Parra acariciaba el dinosaurio.

Gracias Raúl por construir las plataformas para que mis amigos y yo, año con año, presentáramos nuestro trabajo y ascendiéramos por esa escalera inmensa que significa tener lectores. Hiciste tangible un espacio donde podíamos saludar a nuestros maestros, reencontrarnos con amigos y amigos y ver a Alberto Ruy Sánchez bailar en el Veracruz como si tuviera 18. Es sensacional recorrer los pasillos mágicos de la FIL saludando amistades, firmando libros, recibiendo invitaciones y aprovechando las ofertas. Nunca olvidaré



las filas inmensas que esperaban una firma de Quino, de Arturo Pérez-Reverte y de Francisco Hinojosa. Tampoco cuando escuchamos a Plácido Domingo cantar y un año después dirigir la orquesta. ¿Qué tal cuando estuvimos Arturo y yo con Los Tigres del Norte? De ensueño cuando nos invitaste a una cena y con Leonor pudimos conocer la increíble historia del bailarín en que se basa la película Billy Elliot. Nunca olvidaré su gesto al contar que supo que habían hecho el film al verlo anunciado en los camiones rojos que recorren Londres. Llamé al director, expresé. No le había dicho nada cuando

escuché. Hazle como quieras, igual no tendrás un penique de lo que recaude. Oh, solo quería dos entradas para la premiere. Gulp. Nos dejó fríos. La verdad es que estoy muy agradecido con Raúl Padilla, con Marisol y con Laura, por facilitar que tanto mis amigas y amigos como yo encontráramos nuestro lugar en la literatura del mundo.

Definitivamente, sin la FIL no fuera lo mismo. Sentimos mucho su partida; sin embargo, esperamos no sentir su ausencia porque de verdad, en cuanto a Raúl, no le daremos vuelta a la página. Me cae que no.